

fantasía. Vierais, claramente—si tenáis el candor de dudarlo—cómo la orientación de la vida moderna es hacia el placer, y cómo este afán de goce no es privativo de las clases pudientes y acomodadas, sino que se extiende á las más humildes, desde el sirviente que abandona una buena casa para encontrarse libre mientras duren «las fiestas», hasta el golillo de cara escuálida y harapienta vestidura, que os pide con inmenso afán, no comida ni ropa, sino una «contraseña», la entrada que no os sirve, el derecho á rebanar una sobra de diversión ó una migaja de espectáculo. ¡Con qué ímpetu se arroja ese desaharrado sobre las serpentinas, las flores marchitas, los pedazos de oropel, todo lo que tira y desprecia en el polvo del arroyo el placer de los ricos! ¡Cómo se disputan los residuos del goce ajeno! A puñadas, á coces, á empujones, bajo la férula de los guardias, que unas veces les dejan campar por sus respetos y otras les hartan de puntapiés, esos míseros chicuelos van á la rebatía de un jirón de papel color rosa ó azul... Del cieno recogen su manchada y arrugada ilusión, y yo les he visto guardarla en el pecho, gritar de júbilo al adueñarse de ella... Por un momento se creen á la altura de los que lanzaron la serpentina entera; y esto les satisface más que si se considerasen á la altura de los que almuerzan y comen, todos los días, un alimento sano.

Un fenómeno también singular es el que, mientras los festejos duran (y estos de mi pueblo natal se prolongan veinte días, casi un mes), no se registran esos crímenes de brutalidad y borrachera, que convierten las afueras de una población culta y hermosa en los aledaños de un aduar africano. Y dentro de la población, á pesar de la enorme afluencia de gentío, tampoco ha ocurrido el menor desorden, el más ligero disgusto; por lo cual yo me doy á pensar que esto de las fiestas y diversiones debe de ejercer un efecto sedante, dulcificador del carácter y resolutorio de la bilis; en suma, altamente benéfico.

Otra observación realizo, y es igualmente consoladora y grata. Los festejos van hacia la cultura: ya se hace algo más que correr toros. Hasta diría yo que van hacia la cultura principalmente, si tomamos como nota de cultura el desarrollo de ciertos *sports*, que pueden contribuir á robustecer y mejorar la raza. Aquí hemos tenido, en esta temporada, regatas, ejercicios gimnásticos, concursos hípicas, concursos de baile y canto, cucañas (*sport* popular y muy divertido), en fin, una contribución copiosa á la idea de que el cuerpo humano es el santuario del alma, y conviene edificarlo con toda la solidez y vigor de las fábricas bien sustentadas y de firmes cimientos.

Volvemos, pues, insensiblemente hacia el pugilato y los juegos olímpicos. Cuando salen á plaza los que llamó Teófilo Gautier «ventrudos burgueses» y se muestran deseosos de demostrar que en vez de vientre tienen músculos; cuando levantan una pesa de á doscientas libras, empujan la pelota enorme con hombros y puños, vuelan por los aires ayudados de la pértiga, ó jalan de la maroma estribando fuertemente en el suelo á fin de no ser arrastrados y arrastrar ellos á sus contendientes, se me figura que la burguesía compensa algo, con estos ardorosos y saludables ejercicios atléticos, la tumefacción y el recargo de la vida sedentaria, en escritorios y casinos—vida degeneradora si las hay.—Confieso mi gran simpatía por esta clase de ocupaciones, que crean la fuerza física.

El abuso que hoy se hace del revólver y de la navaja, ha restado importancia á la fuerza... Ya hasta los aldeanos del Noroeste, que solían resolverlo todo con los puños, lo resuelven ahora á tiros y á viajes de faca andaluza. Así es que los *boxeadores* ingleses me parecen unos cumplidos caballeros, con sus enormes guantes de piel y sus *jerseys* adheridos al nada recio torso...

¿A cuáles *boxeadores* me refiero? A dos que acabo de ver combatir en la plaza de la Coruña, y que, según noticias, son auténticos; vienen del mismo Londres, donde figuran con números altos en el campeonato, y cobran sendos miles de pesetas por darse unos cuantos sopapos encima de un tablado, á presencia del concurso.

Mi primer sorpresa fué que estos *boxeadores* sean delgaditos, no muy altos y tan poco hercúleos. Mi segunda sorpresa, que después del combate se quedasen frescos y tranquilos, sin un ojo *au beurre noir* ni una costilla en puré... Dijérase que las guantadas que se aplicaron eran de la misma índole que las de

los *clowns* en la pista. Hay quien cree que durante la travesía y el viaje de la capital de Albión á esta tierra de Finisterre, que linda con Inglaterra «mar en medio», los dos artistas de la morrada celebraron un pacto misterioso, basado en que no nos merecemos los de por acá ni equimosis ni larga efusión de sangre. Y á la verdad, ningún interés teníamos—yo por lo menos—en que se hiciesen pupa los dos hijos de la Gran Bretaña. Todos dicen que el boxeo es brutal, por lo cruento y feroz de los golpes dados y recibidos. Un boxeo incruento, suave y lleno de consideraciones y delicadezas amistosas, es preferible.

Todo el mundo, conocidos y desconocidos, lamenta la muerte tan temprana é inesperada del joven aeronauta Jesús Fernández Duro. Se le siente como si fuese un amigo, aunque no lo haya sido, y como si al irse de entre los vivientes á la hermosa edad de veintiocho años, defraudase esperanzas y malograse proyectos, no suyos, sino de cuantos fueron sus contemporáneos.

¿Sería aquí donde se resolviese la cuestión de la dirección de los globos; donde un aeroplano en condiciones de *réussite* contribuyese á ensanchar el campo de la experimentación científica? Viviendo Fernández Duro, podíamos esperar... Aquí, lo bueno y lo malo se espera ó se teme, no de la colectividad, sino del individuo. Las escasas iniciativas de la masa están compensadas por las energías individuales, poderosas en la Península ibérica. Todo el movimiento de aerostación en España fué obra de Fernández Duro: el *Real Aero-Club* le debe la existencia: con su fallecimiento, el *sport* aéreo recibe un golpe del cual tal vez no se rehaga en muchos años. Cuando en España cunde una idea, estad seguros de que tiene detrás, no una muchedumbre, sino un individuo. Debíamos ser, los españoles, la raza más admiradora, más fanática de los grandes hombres que existiese en toda Europa; y esto no significa que yo otorgue á Fernández Duro el dictado de grande hombre, como no convendría otorgárselo á aquellos conquistadores del Perú y de Chile, fuertes ejemplares de la raza hispánica, sin embargo, individuos-tipos, en toda la extensión de la palabra. Y el arriesgado surcador del aire, el navegante del infinito, ha muerto, no precipitado como Icaro al derretirse sus alas de cera, gasa ó tafetán sutil, sino postrado por una infección de la tierra, que acaso movido por presentimiento obscuro tenía tal deseo de abandonar, buscando la pureza de las alturas... Muere Fernández Duro de tifoides...

Aún parece que fué ayer mismo cuando intervino en la fiesta del parque del Gasómetro, en Madrid, almirante de aquella escuadrilla de globitos primorosos, que se elevaron con gracia y alegría festejando la boda de los reyes. Y no estará ni mediado el *wedding cake*, el pastel nupcial que se conserva años en los hogares ingleses, dando á su conservación cierta importancia misteriosa y simbólica, cuando duerme bajo tierra el joven y valeroso aeronauta. Triste, infundido pensamiento el de la muerte en la juventud, mejor es alejarlo, ó pensar que la infección puede haber salvado á Fernández Duro de un fin más cruel, de una caída trágica—siempre bella.

Hablaría del naufragio del *Sirio*..., pero estas grandes calamidades materiales pierden la actualidad á los pocos días de acaecidas; y en el presente año de 1906 han menudeado tanto, que casi no impresionan. El espectáculo de la lucha feroz por la vida y de las grandes abnegaciones que la desdennan, es lo más interesante del siniestro. Hará un mes ó mes y medio publiqué en *El Imparcial* un cuento titulado *El fondo del alma*, cuyo asunto estaba tomado de la realidad. Salen de expedición por un río dos enamorados; la embarcación se hunde; el amador, verdaderamente apasionado, intenta salvar á la amada; pero ella, inconscientemente, paraliza los movimientos de él y le arrastra á lo hondo, y entonces él la rechaza y se salva solo, en un arranque del instinto de conservación. Mi amigo Saint-Aubin, en *El Herald*, se mostró sublevado por lo que él creía una tesis..., cuando, por desgracia, no es más que una observación, un dato de psicología experimental, que la catástrofe del transatlántico italiano ha venido á corroborar cumplidamente.

Sólo las madres murieron agarradas á sus niños, alzándolos, como banderas, sobre las olas.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No sé si será cierto que atravesamos una época angustiosa, que en algunas comarcas españolas la gente se muere de hambre, y que la situación económica de la inmensa mayoría de nuestros compatriotas antes es apurada que desahogada. Me inclino á creerlo, y sin embargo, veo con cuánto rumbo y gallardía se gasta el dinero en las fiestas en que arde España y de las cuales tengo presente una brillante muestra en las de la Coruña.

¿Verdad que no se lee otra cosa en los periódicos? No hay ciudad, villa ni lugar que no quiera la alternativa en este capítulo de festejos. Y es curioso observar cómo al tratarse de la preparación y arreglo de unas fiestas, la pereza clásica de la raza desaparece, y se desarrolla una actividad vertiginosa, sólo comparable á la esplendidez con el mismo fin desplegada.

Vierais en tales días correr de un lado para otro á los obreros y obreras, agitadas, anhelantes, serios como el que tiene un alta misión que cumplir. Vierais á las personas más graves salirse de sus casillas, y como una botella de espumoso líquido, hacer saltar el tapón, ese cierre de formalidad algo tediosa en que se enclaustra la vida provinciana durante el invierno. Vierais á todo el mundo pendiente del goce anunciado, del espectáculo que se aguarda, de la emoción placentera prevista y seguramente acrecentada por la